



# GIBRALTOR

## LOS NEGROS ANDALUCES

**J**OSÉ Moreno vive a catorce kilómetros de Huelva, en Gibraltor. Aunque José no se apellidara Moreno, aquí lo llamarían así. Porque José no es blanco. Desciende de negros y en Gibraltor a los descendientes de negros los llaman «morenos». José no sabe cómo llegaron sus antepasados a esta tierra.

Ernesto Feria, uno de los dos médicos del pueblo, me dio datos.

—Por el año cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco, no recuerdo bien, estuvieron aquí unos etnólogos alemanes haciendo investigaciones antropológicas sobre ellos. Dedujeron que los negros de esta región son de origen africano, hacia la zona del Atlas. Tal vez se trataba de residuos de las invasiones de almorávides o benimerines, de los que tampoco recuerdo con exactitud el grupo étnico, que sin posibilidades de reembarcarse quedaron formando estos islotes raciales y dedicados a trabajos ínfimos o de semiesclavos. El tipo africano puro sólo puede rastrearse ya en algunas familias poco cruzadas. Hay mestizos que presentan una morfología netamente blanca, pero tienen la piel negra. Y sucede también el fenómeno

inverso, de acuerdo con las leyes de Mendel. Casi todos son obreros, viven como los obreros blancos y, llegado el caso, reaccionan con igual dignidad que ellos.

El africanista Arcadio de Larrea supone en cambio a este grupo —caso único en el continente— descendiente de las colonias de esclavos formadas durante el siglo XV por la ría de Huelva.

Fue el portugués Antón Gonsalves quien primero trajo esclavos negros a la Península. Al principio fueron sólo diez, producto de un canjeo por prisioneros moros capturados en 1442, junto a la costa de Río de Oro. Después de los viajes de otro portugués, don Enrique el Navegante, el comercio se generalizó. En 1450 llegaba a Portugal un embarque de doscientos esclavos. El descubrimiento de nuevas regiones africanas —Sierra Leona, Costa de Oro, delta del Níger, Fernando Poo, Gabón, río Congo...— extendió la trata. El tráfico era clandestino por entonces; pero el apoyo de los grandes señores lo hacía viable. El historiador Delgado afirma que los marinos de Huelva iban hasta Guinea «de donde extraían esclavos negros para los mercados andaluces»;

**Por VÍCTOR MARQUEZ REVIRIEGO**

«Las naves que conducían esta odiosa mercancía aportaban casi siempre a puertos inmediatos a Niebla, donde se negociaban los esclavos, y comúnmente quedaban muchos en el país...».

La ría de Huelva era un sitio seguro. Los negreros se refugiaban en ella y la tomaban como base. La venta se hacía en Lisboa; y Niebla era el centro expendedor. Por esa época Niebla es capital del condado de su nombre, vinculado a la casa de Medina Sidonia. Con el tiempo, los núcleos de población negra —esclavos que no se vendieron o que quedaron como servidores en los grandes señoríos— llegaron hasta Sevilla y la provincia de Cádiz. Arcadio de Larrea ha recogido romances, cantados por los gitanos gaditanos, que hacen referencia a ellos:

Que si mi color es «prieto»  
mi dinero es español,  
que tienen cruz y corona  
las armas de mi señor.

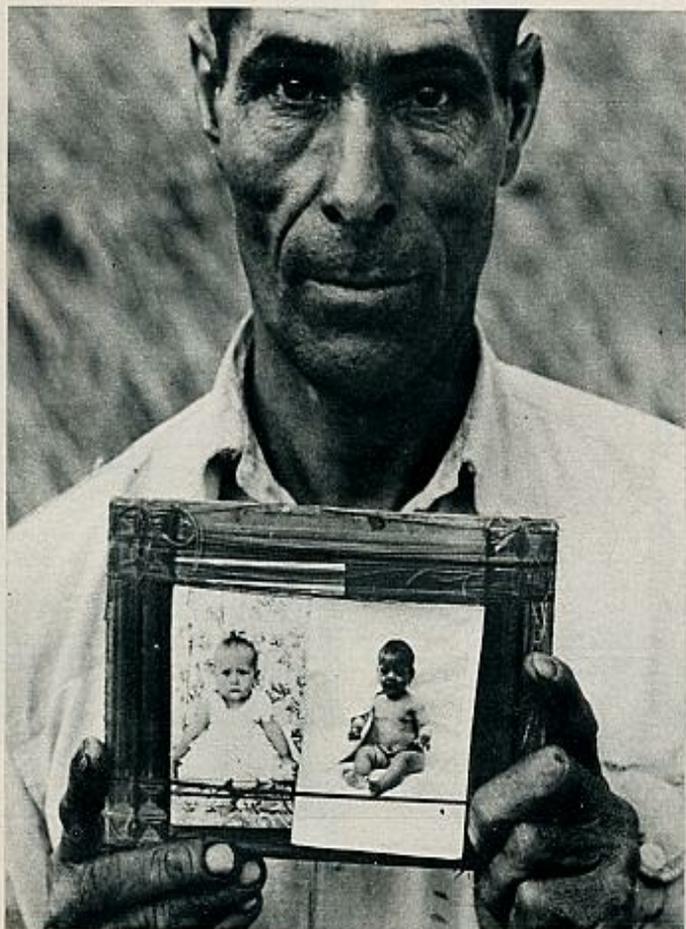
Los «prietos» tenían poco o ningún mestizaje. Los cruces fueron grandes y el color negro palideció. En Moguor

llamaban a los mestizos «travesaos». Hace pocos años todavía vivían allí bastantes familias por las calles de la Fuente, Escribanos y Hornos; campesinos y braceros en su mayoría. Por Palos había también una docena de familias en la «calle de las chozas». Pero el núcleo más importante es Gibraltor. Todavía hoy quedan casi mil personas «morenas», según me han dicho. Los mestizajes son muchos. Viven en los barrios de San Rafael, del Otero, de la antigua Villalatas de la Bocina...

\* \* \*

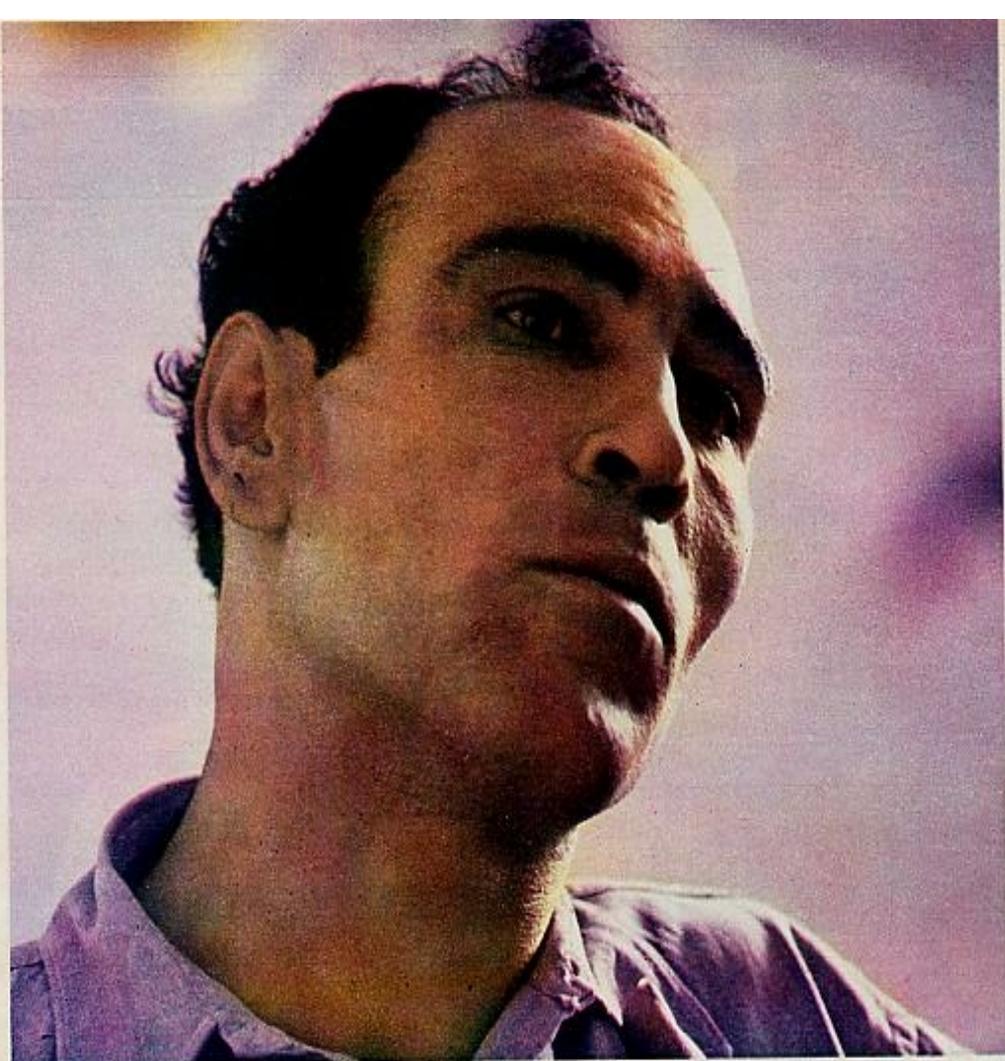
A la izquierda de la carretera está La Bocina. A la derecha: San Rafael, la antigua Villalatas y el Otero. Eso si se viene de arriba —San Bartolomé de la Torre, Alosno, Tharsis...— o de la raya de Portugal: Ayamonte, Leppe, Cartaya... Para entrar en Gibraltor desde esos sitios hay que pasar el puente nuevo, de mampostería, que sustituyó al antiguo, con estructura metálica y piso de madera sobre el que echaban arena los

**SIGUE**

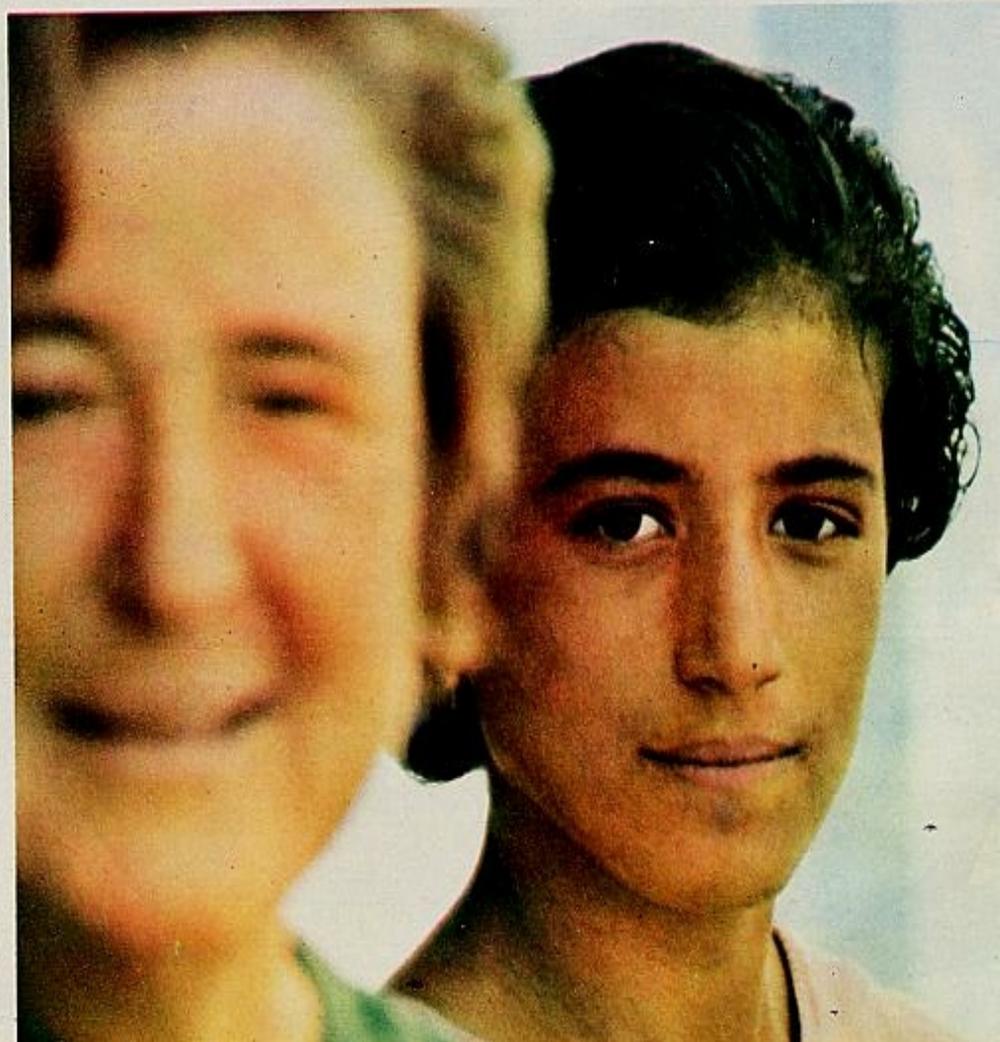


La Bocina, barrio de los alrededores de Gibralfuero donde viven «morenos» andaluces. Aquí está la choza de José Moreno, que tiene seis hijos: alguno blanco, como su madre, y otros «morenos» como el padre. José trabaja la palma en verano y lleva varios inviernos yendo al Polo, en Huelva. La choza le salió por quinientas pesetas y hoy vale seis mil. Este es su capital. Los antepasados de José llegaron a estas tierras hace cinco siglos o más. Procedían del Norte de Africa.





Los muchos siglos transcurridos hacen difícil hoy encontrar tipos africanos puros. Los mestizajes han sido frecuentes. La mayoría de los «morenos» son obreros del campo de diez y once horas en ocasiones. Viven en casitas o chozas; algunos consiguieron casas baratas. En el pueblo los conoce todo el mundo y saben el origen de cada uno.



días de visita oficial, para que no se notase el traqueteo de los listones sueltos. El puente nuevo lo hicieron cuando la desviación de la carretera: «Fue cuando vinieron las empresas y tuvimos trabajo. Después las empresas se fueron y la cosa se puso otra vez fea. Menos mal que empezó esto del Polo en Huelva y nos pudimos arreglar. Nosotros siempre estamos a lo que cre. Hoy una cosa, mañana otra. Y Dios quiera que no nos falte la salud».

La desviación deja La Bocina a su derecha, en los márgenes de un arroyo. El barrio ha empequeñecido. Algunos consiguieron casas nuevas y dejaron las chozas. Allí vivían, y aún viven, bastantes «morenos». En la guerra se unieron a ellos refugiados pobres de otros pueblos de Huelva, huidos en los primeros momentos. Todos organizaron su vida como pudieron. En chozas donde entraba el agua cuando llovía; con jornales de hambre unos días, los menos; con hambre sin jornales otros días, los más.

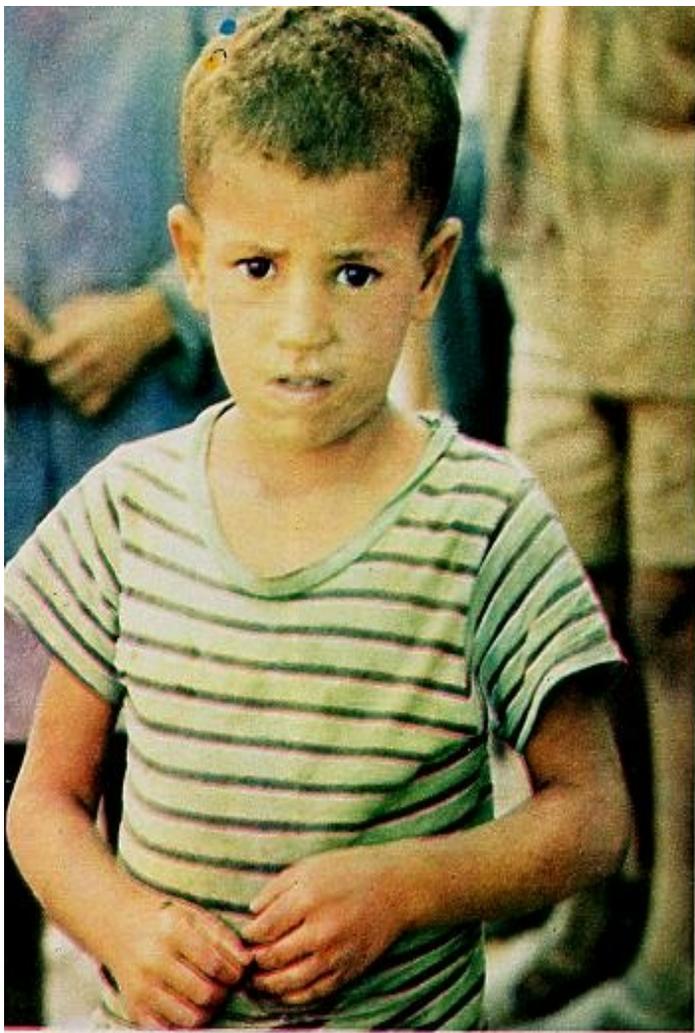
\* \* \*

La choza de José Moreno está aquí. Vive allí desde que se casó, hace diecisiete años, con una mujer blanca. Ahora tienen seis hijos: tres varones (dieciocho, doce y cinco años) y tres hembras (quinco, siete y dos). La casa es de paredes de adobe blanqueado y techo de junco, con dos habitaciones.

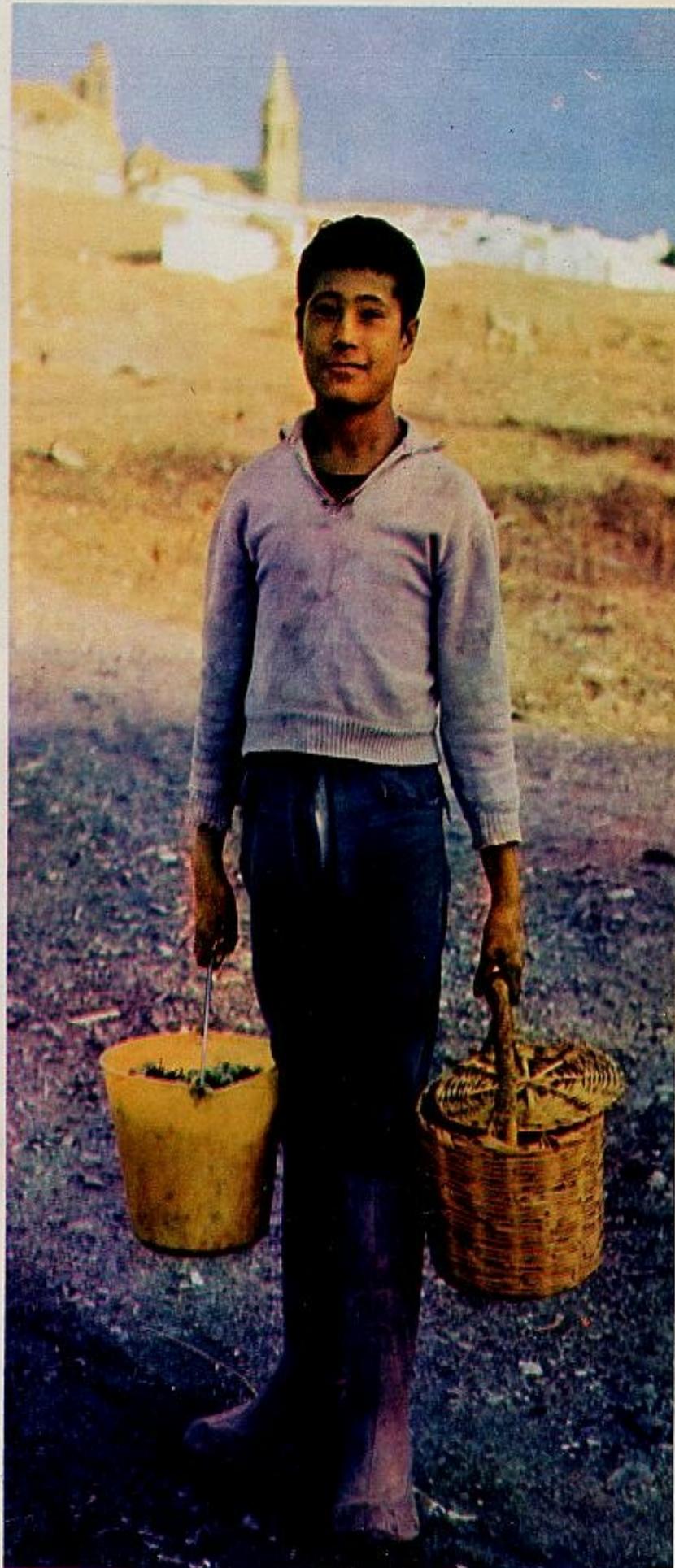
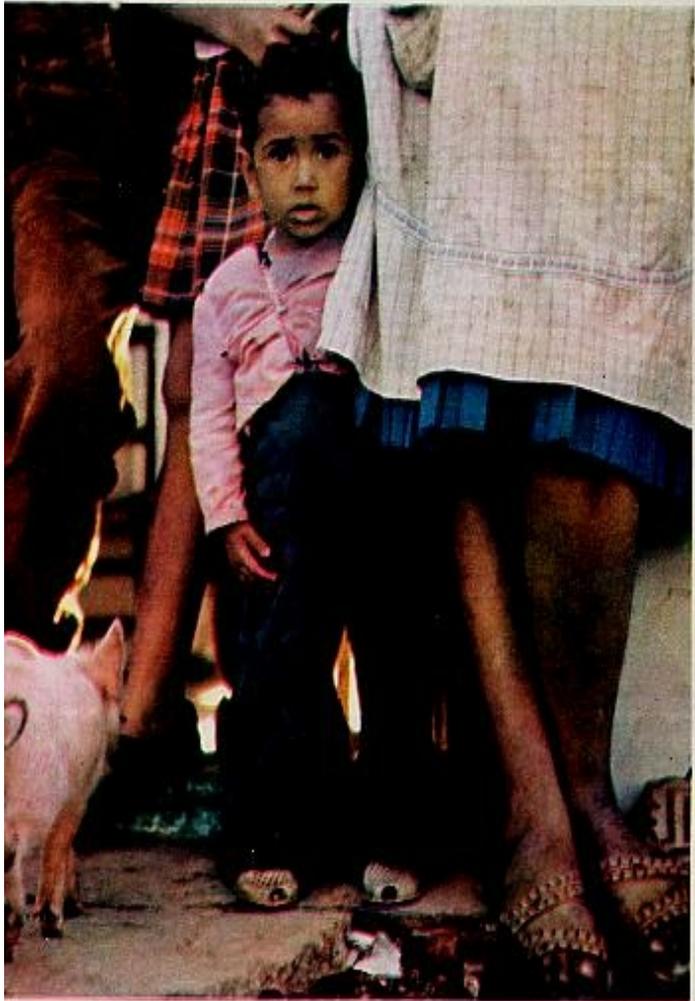
—Yo puse los adobes y la pared me salió por quinientas pesetas. El techo lo hice yo mis-

**SIGUE**

## GIBRALEON



o de la construcción, eventuales en casi todos los casos, con jornadas laborales  
hay una especie de «memoria sagrada», que, sin embargo, no impide la convivencia.



Caja y pulsera de oro amarillo, 18 qts., surtido 40 brillantes. 35.900 Ptas.



Caja y pulsera de oro rosa, 18 qts., 10.550 Ptas.



Caja y pulsera de oro gris, 18 qts., 14.325 Ptas.



Caja y pulsera de oro rosa, 18 qts., 14.100 Ptas.  
Caja y pulsera de oro gris, 18 qts., 18.350 Ptas.



## Cada segundo, Omega le recordará su cariño.

Omega, prestigioso regalo que hace feliz a quien lo recibe. El buen gusto, consiste menos en dar mucho que en dar bien: con un Omega Vd. consigue ambas cosas.

Poco a poco, la idea de que un Omega es algo más que un bello reloj se ha impues-

to en todo el mundo. El nombre de Omega ha llegado a ser el símbolo de un regalo de gran clase. Un Omega, es el placer de ofrecer y la alegría de recibir. Un maravilloso obsequio que le recordará constantemente la ternura de quien se lo ofreció.

Elija en la extensa colección Omega el reloj

que convenga "exactamente" a quien lo va a recibir. Reloj clásico o automático. Reloj brazaletes de oro, modelo engastado con diamantes. Todos tienen esta famosa precisión que distingue a un Omega, reloj suizo de renombre mundial.

  
**OMEGA**

Primera organización mundial para la medida exacta del tiempo.

## GIBRALEON

mo y me ayudó un muchacho. Hoy tiene que valer por lo menos seis mil pesetas.

Y José hace un gesto con sus manos morenas, como abarcando los quince o veinte metros cuadrados de la choza. Este es todo su capital.

Aparte de éste no tiene otros bienes que sus brazos y los brazos de sus hijos. Con ellos sale adelante esta familia numerosa, de hijos «morenos» y blancos, que vive en dos habitaciones. Una, la alcoba, con dos camas. Y la otra, donde estamos ahora, con la mesa camilla, las sillas de anea, los retratos familiares —el matrimonio con los dos hijos mayores, las fotos de primera comunión, el hijo sentado en la escuela con el gran mapa de España a su izquierda— y las muñecas cuidadosamente envueltas en plástico —muñecas con las que no se juega jamás— colgadas de la pared... Sujeta a uno de los varales de eucalipto, que aguanta los juncos del techado, pende una lámpara de tres brazos. Es una lámpara perfectamente inútil, puesto que en la casa se alumbran con carburo. Pero aquí está a la espera de una casa nueva. Tan cuidada y tan limpia como los pobres objetos que pueblan la choza.

José es un hombre alto, que habla con timidez, como haciéndose perdonar sus palabras:

—En el verano es cuando más se saca. Es cuando segamos la palma, que por estos campos nace sola. Esto no lo pagan mal. Hay días que me saco cuarenta o cincuenta duros y si van mis hijos llevo a las quinientas pesetas, pero es poco tiempo: una temporilla de dos meses. Y hay que trabajar, pues la palma es muy recia. Llevamos hoces de Castillejos, que son duras y buenas.

Hay uno que compra toda la cosecha y forma una cuadrilla de cincuenta segadores. Luego la cosecha se lleva toda al embarcadero de San Juan del Puerto, donde un barco la pasa a Portugal. Allí la elaboran. En Gibraltor pusieron hace años una fábrica de vegetal, pequeña, pero falló. En cambio trabajan bien el esparto, traído de Murcia, en industria familiar.

—En invierno los tiempos son peores. Por diciembre y enero voy alguna vez a las palmas. Arrancamos palmitos, que venden en Huelva cuando el patrono, San Sebastián, más tarde de enero se pone duro. También llevo cuatro o cinco inviernos yéndome a Huelva, a la construcción. Pero hay mucha humedad y pagan poco. Y también arreglo viñas. Lo que a mí me hacía clase es irme a una empresa, claro que me hace, pero en cuanto dieran una cosita medio bien...

José llevaba diez días parado. Las lluvias encharcaron la tierra y no podían poder las cepas.

Por la noche lo vimos trabajando. Hacía de camarero en El Solomillo, una tasca limpia, destartada y grande como un garaje, cercana a la plaza. José se mueve diligente y remangado, entre el mostrador y las mesas, llevando botellas de vino a los parroquianos, sentados en sillas de tijera o aneas. En El Solomillo el dueño asegura por la vía del letrado que la bebida es «Vino de mi cosecha. Gra-



dos 12 1/2, 8 pesetas litro». Más o menos es la tónica general de las veintitantas tascas del pueblo: Parralo, El Llanto, El Cristo de la Sangre, El Beato, El Tropezón, El Huelvano, El Cuatro y Medio, El Bar Francés... Las ochenta personas que beben vino en El Solomillo, bajo un techo de uralita y caña, a la luz de dos únicas bombillas, engloban a blancos y «morenos». Acaso por el día han estado juntos recogiendo la aceituna y ahora, por la noche, también lo están a la hora de tomarse las aceitunas, machacadas y luego aderezadas en casa con salmuera, junto a una jarra de vino.

• • •

Los hermanos Ramírez se levantan a las seis, como algunos de los hombres de El Solomillo. Media hora después cogen la bicicleta y salen para Huelva. Trabajan en las nuevas fábricas del Polo. Son quince kilómetros de pedaleo hasta llegar al tajo: a las ocho hay que presentarse, «lleva o ventea», porque si no es así o no les pagan o les hacen un descuento. «Pa descontar no hay regias, pa pagar sí». Los días de mucha lluvia toman el tren, doce pesetas ida y vuelta. La empresa paga tres duros por plus de distancia. A la una dan de mano y comen. Como los hermanos trabajan en sitios distintos, su madre, Pepa, ha tenido que preparar dos costos. El costo es caro: «Entre ellos y los de casa, las doscientas pesetas no hay quien me las quite». Estos hombres tienen que comer fuerte, porque el trabajo lo es. Su dieta ha de superar las tres mil quinientas calorías y comen grasa en abundancia: cerdo, por ejemplo, que no es barato. Trabajan de pico y pala.

—El pico y la pala no tienen enchufes. Y la piedra es canalla, porque salta.

A las dos reanudan la tarea. Hasta las cinco. Luego vienen las horas extraordinarias: las dos primeras valen 12,25, y la tercera y última, 15,50. Con once horas diarias de trabajo, el mayor de los Ramírez —un «moreno» de treinta años que parece tener casi cuarenta— saca entre mil cien y mil trescientas pesetas a la semana. La bicicleta que utiliza le llevó el sueldo de dos semanas. Y el calzado anual le da también un buen bocado al presupuesto. Van calzados de cuero recio: el contacto constante con el cemento lo exige. La base química que tiene se combina con el ácido de la piel y la sal resultante produce ulceraciones peligrosas. Es la «dermitis por álcali» a la que están expuestos los hombres empleados en hacer cimentaciones.

(Pasa a la página 21)



### VÍ LA MARCA LANA ENTRÉ Y COMPRÉ!

Porque ahora sé  
lo que compro:  
Lana auténtica,  
natural,  
sin fibras extrañas.  
Pura Lana Virgen.

Para estar  
seguro si Vd.  
quiere lo mejor  
exija la  
Marca Lana.

• Un Tejido  
Casanovas con  
la garantía  
internacional de  
Pura Lana Virgen.

JUAN D. CASANOVAS, S. A.

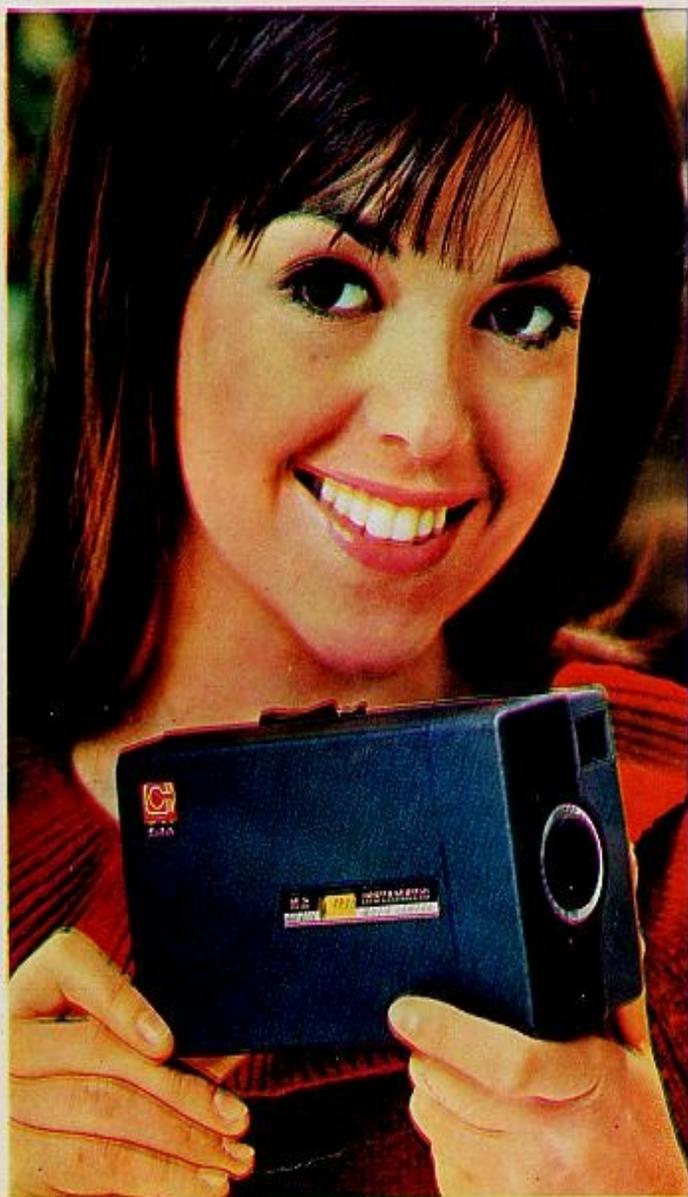
SABADELL



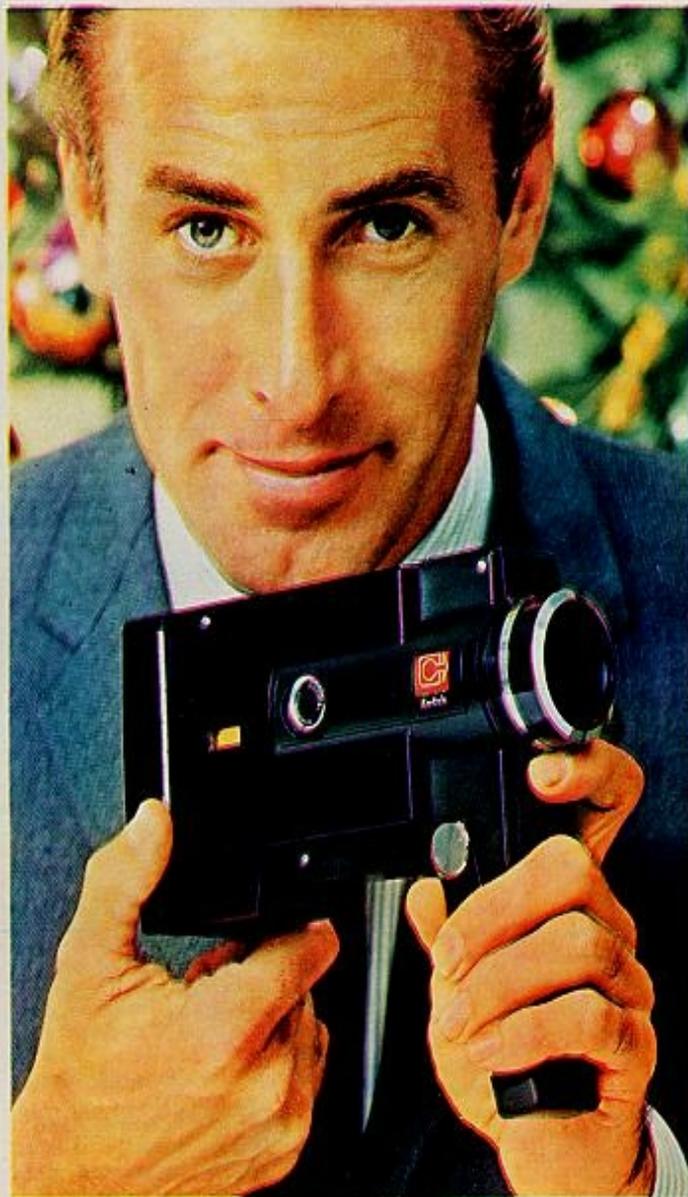
# El Regalo Perfecto:

porque puede utilizarlo en todo momento y lugar cualquier persona de la familia. Su elección no plantea problemas de tamaño exacto o color adecuado y además todos desean uno y lo disfrutarán por años y años...!

## ¡Una Cinecámara Kodak Instamatic ...!



**Carga instantánea:** La nueva cinecámara KODAK Instamatic M2 hace extraordinarias películas de color en formato Super 8. Es muy fácil de usar, funciona con motor eléctrico y sólo cuesta 3.999 ptas. La KODAK Instamatic M4 tiene, además, célula fotoeléctrica para el control automático de exposición y sólo cuesta 5.499 ptas.



**Objetivo Zoom de distancia focal variable:** Una de las características importantes de la nueva cinecámara KODAK Instamatic M6 es su objetivo Zoom extraluminoso f1,8 con visor y control automático de exposición. Además, posee una empuñadura plegable, tipo pistola, que facilita su manejo. Sólo cuesta 10.999 ptas.



¡Abra...



Cargue...



y filmel

**Regalos perfectos:** Las cinecámaras KODAK Instamatic de carga instantánea convierten en algo muy sencillo hacer cine. Utilizan películas Super 8 -de resultados más nítidos que nunca- que proyectadas en la pantalla presentan un área 50% mayor que las películas de 8 m/m. Por este motivo sólo pueden usarse en proyectores tipo Super 8. Véalas en su proveedor KODAK.



## Se conocen por La Marca que fuman

En el ambiente elegante de los grandes hipódromos internacionales, donde concurre la pura sangre de los mejores caballos de raza, encontrará personas disfrutando del sabor de L&M. Cuando vea el inconfundible paquete rojo y blanco de L&M, pregúntese por qué los que saben fuman este cigarrillo. Seguramente porque es el cigarrillo con filtro que sabe mejor. Haga como ellos, pida L&M y le conocerán por la marca que fuma.



UN PRODUCTO DE LIGGETT & MYERS IMPORTADO DIRECTAMENTE DE U. S. A.



MEDIO MUNDO SE AFEITA CON  
**FILOMATIC**

Y A NOSOTRAS NOS ENCANTA

La calidad FILOMATIC se ha impuesto en :  
EE.UU., Canadá, Méjico, Australia, Israel, Grecia  
Turquia, Escocia, etc. etc.



**FILOMATIC : FILO MATEMATICO**  
Con tratamiento de superduración y suavidad TF4

# GIBRALEON

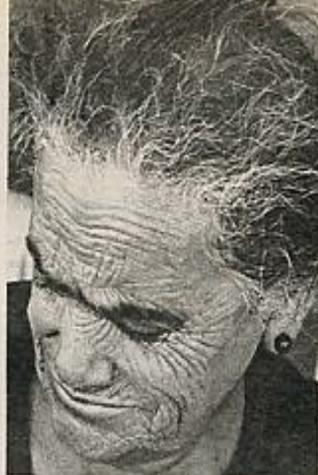
(Viene de la página 17)

A las ocho vuelven a casa. De Huelva a Gibraleón la carretera va subiéndola y el pedaleo cansa después de diez y media u once horas picando piedra. Los ciclistas, trabajadores del Polo, dan carácter a estos quince kilómetros de salida de Huelva, de la misma forma que los camiones del pescado dan el tono a la salida para Sevilla. Hacia Gibraleón la carretera va flanqueada por los tejares, la fábrica de cemento, tierras de cereal, olivo y eucalipto, por la derecha; por la izquierda, las marismas llenan casi todo. Son parte de las doscientas mil hectáreas de tierra que permanecen improductivas en la provincia, a la espera de una política agraria que las redima.

Los ciclistas, unos quinientos, que trabajan en el Polo, llegan a Gibraleón cuando empieza la noche. Muchos duermen ya a las diez y media. Otros, marchan a las tascas. A veces, en esta última hora de la tarde, cuando el vino calienta la sangre y estallan las discusiones, si un blanco y un «moreno» se enfrentan, cuando se agotan los «votos» usuales, puede saltar como un latigazo el insulto peor: «¡Negro, negro malo!».

Porque aunque las razas se han mezclado —resultado de violaciones de hace siglos, de matrimonios más recientes— la gente sabe muy bien la genealogía de cada uno. Y en los pueblos se conoce todo el mundo. (Aquí en Gibraleón, hay una anécdota reveladora. Hace años un quinto escribió desde el cuartel una carta a su casa con esta escueta dirección: «Gibraleón pa mi madre. En la puerta hay un carro». Media hora después de recibir la carta, el carterc había hecho sus deducciones y la entregaba a la destinataria.) Los «morenos» viven calladamente este señalamiento, apenas manifiesto, pero siempre latente. Si alguno asciende en la escala social —y son muy pocos en conseguirlo—, tratará de disimular su origen. Tarea, sin duda, inútil frente a esta especie de «memoria sagrada». Pero el dinero lo hace más soportable: «Si yo tuviera dinero, sería doña Pepa», me dice la madre de los hermanos Ramírez. Los Ramírez, los Pata, los Tocinos, los González, son apellidos frecuentes entre los «morenos». Forman una especie de aristocracia al revés, que une a su condición de proletaria la tez morena.

Por Niebla —la ciudad que espeja en el ríjizo río Tinto las murallas, donde en 1262 los musulmanes españoles usaron por vez primera la pólvora frente a los cristianos sitiadores—, por Palos, por Moguer y por Huelva, apenas quedan ya residuos «morenos». En Huelva viven unos veinte por el Chorrillo Alto, barrio de chabolas blancas que baja desde los cabezos a la barriada de Las Colonias. Obreros eventuales, como los de Gibraleón y la mayoría del Sur español. Aquí los llaman «morenos de sangre». Y en Huelva queda, reflejando



en los «votos» o insultos populares, un vestigio latente de discriminación: «¡Me... en tus muertos negros!».

\*\*\*

En la parte más alta de Gibraleón, junto a un convento destruido cuando la guerra, está El Otero. Las casas son pequeñas y bajas, algunas con techo de junco. Acaso, como otras del pueblo, fueron en principio chozas. Luego, de una forma casi orgánica, llegaron a casas. Así pasó con la casa de los Ramírez, en la otra parte de la carretera.

Empezaban por el «portalillo», una especie de zaguán con paredes de mampostería y techo heterogéneo —junco, uralita, lata y, finalmente, palos con tejas—, y luego, a medida que crecía la familia y se reunía dinero, iban añadiéndose cuartos. Hoy algunas casas, originadas así, no lo parecen. En bastantes existe agua corriente, rechazada por los vecinos ante la escasez de dinero e impuesta con una política de despotismo ilustrado. El agua hizo desaparecer la endemia tífica; de doscientos casos anuales registrados, se pasó a siete u ocho. La asistencia médica creció y sus efectos son claros, el pueblo es más sano. El S. O. E. tiene unas mil doscientas cartillas. Han disminuido las enfermedades y ha crecido la población: siete mil en 1943; actualmente, casi once mil. Viene gente de fuera. La emigración es pequeña, en relación con los pueblos del Andévalo, comarca situada al Norte de Gibraleón, que da un porcentaje muy elevado. También aquí hubo menos facilidades: «Yo tengo los papeles arreglados y nunca me mandan a llamar», me lo dice un «moreno» que quiere marcharse a Francia. Los emigrantes están en las minas de Bélgica, los más; otros, en Francia y Holanda. El Andévalo, en cambio, tiene Alemania como meta.

El tifus era la enfermedad «pobre» de Gibraleón. La diabetes la enfermedad «rica». Los estamentos estaban muy delimitados y los pertenecientes a la clase superior —labradores fuertes— se casaban entre ellos: «olivar con olivar». Como en zonas próximas de Huelva hay tuberculofobia y el individuo delgado se identificaba, casi, con el enfermo. Había obsesión por estar grueso, «rejusto» dicen aquí. Y la mucha comida favorecía la diabetes, que de ser latente en bastantes personas pasaba a manifestarse en los nacidos de ellas. SIGUE



Haga revivir  
su piel con

CRÈME  
VIVANTE

A BASE DE CELULAS  
VIVAS ESTABILIZADAS



LANCASTER

LOS TRATAMIENTOS DE BELLEZA QUE DETIENEN LA MARCHA DEL TIEMPO.



con  
los años  
PRECISOS...



**FELIPE II**  
Agustin Blazquez x Jerez

¿conoce Vd. su precio?

## GIBRALEON

Inés «la del Otero» es «morena». Tiene fama de guapa y lo es. Hace doce años era una de las muchachas más hermosas del pueblo. Es «morena», pero sus rasgos son europeos. A Inés la operó el doctor Losada de una estenosis mitral en la clínica Puerta de Hierro. Su casa ocupa alrededor de veinticinco metros cuadrados. Tiene un huele floreado sobre la camilla y flores de plástico en las macetas colgadas de la pared. La diminuta cocina lleva también festones de papel floreado adornando los vasares. El marido de Inés, Justo, es blanco y hermano de la mujer de José Moreno.

Las casas del Otero tiene un color blanco, un color que envidiarían los anuncios de detergente. Frente a la casa de Inés están blanqueando. Lo hace una señora «morena». Su hijo, Antonio, fabrica asientos de anea para las sillas.

—Un asiento cuesta seis duros y un cruzalito tres.

Otros hacen cisco (carbón para encender los braseros), o van al campo a coger gurumelos o piñones. El saco de cisco se vende a dieciocho pesetas. Los gurumelos —una variedad de setas— tienen colización variable. Antonio trabaja también seleccionando aceitunas. Por la época de la aceituna vienen los que emigran temporalmente a Cataluña. Trabajan a cuenta. La aceituna de verdeo va después a Sevilla y Málaga, donde la preparan.

La madre de Antonio no sabe leer y desconoce su edad.

—José, ¿sobre poco más o menos, sabes la edad mía?

Tiene «sesenta y dos o sesenta y tres años» y seis nietos: «Pues nietos tengo cuatro. Y éste, cinco... ¡Seis nietos!». Su casa es también pequeña, con dos habitaciones.

—El día que llovió hubo que cambiar las camas. Yo vivo aquí con mi Antonio. Tengo otra hija que está sirviendo en Sevilla y otra casada en Punta Umbría. A mi marido lo fusilaron cuando la guerra. La casa es de un hermano mío que se murió. Es muy chica. En clase pobre, sabe usted, estamos como Dios quiere.

El cuñado de Antonio trabaja en el desvío de la carretera, que salva Huelva y va a parar al puente de la Nicoba, próximo ya a la fábrica de celulosa. En febrero hubo allí un plante, resuelto favorablemente a los obreros, después de la intervención de la Guardia Civil.

No siempre ocurren las cosas así. A veces la falta de trabajo hace nacer los esquiroleros. Varios de Gibraltón hacían unas cimentaciones en Huelva a ochenta pesetas el metro, y otras de Huelva se ofrecieron por quince duros: «A los de aquí los largaron a casa».

—¿No tenían contrato?

—No. Claro que no. Casi nunca nos ponen los sellos de tres pesetas en la cartilla y si ven que uno los reclama ya no lo llaman.



Aunque pasaron los tiempos del «mercado de trabajos», algunas situaciones siguen igual. El mercado estaba en el centro del pueblo, por la acera de la carretera de Huelva, junto a la Caja de Ahorros. Allí iban cada mañana los hombres a ofrecerse, como maniqués animados, en el escaparate de la venta.

Los «morenos» no salían peor que los blancos en este mercado. Si acaso, mejor. Porque son apreciados como trabajadores. «Nosotros tuvimos a uno que cogía los sacos como si fueran melones. Daba gusto verlo trabajar. Medía casi dos metros y el sólo movía más trabajo que dos hombres juntos», dice un gibraltónero que como muchos de sus paisanos se desvive por ayudar y ofrece llevar a mi compañero al campo para sacar fotos de los hombres que recogen algodón.

Por las afueras de la antigua Villalatas, cerca del ferrocarril y del río Odiel, los niños brujulean en la explanada donde van a dar los corrales. Algunos, con la pared defendida por chumberas que guardan no se sabe qué, pues casi todos carecen de puerta y el aspecto de las casas no es como para incitar al robo. Estos niños —«morenos» y blancos, más tímidos, quizá, los primeros— van juntos a la escuela, cuando van, y algunos llevan un uniforme característico: niky o camisa desteñida y terciado encima el único tirante que sostiene los pantalones, demasiado largos si son cortos, demasiado cortos si son largos. Nos miran con curiosidad y recelo, a distancia, desde la profundidad de sus ojos interrogantes, legañosos acaso si lograron hurtarse a los afanes lavatorios de la madre.

Me pregunto por el futuro de estos niños y miro con temor la vida de sus padres: no tuvieron juventud. Saltaron de la adolescencia a la madurez; trabajaron desde los diez años, si podían hacerlo. Casaron jóvenes, tal vez sin apenas elegir, porque sus jornadas laborales eran largas y duras y no hubo lugar para «galanteos, con novias detrás de rejas florecidas de macetas». Antes de ir al servicio, muchos de ellos tendrían ya uno o dos hijos. Luego pasaron el paro estacional, la emigración temporera, la eventualidad de un empleo sometido al despido trimestral... Así fueron viviendo. Cuando se les pregunta cómo, responden simplemente: «Vamos tirando».

V. M. R.

(Fotos: GIGI CORBETTA)